



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

¿Alcanza con amar y trabajar?

Docente responsable: Camila Simonit

Docentes de TIF: Cánaves, Agustina y Del Ponte, Javier

Alumna: Fernandez, Leila

Legajo: F-5292/2

Mail: leila.fernandez012@gmail.com

Agradecimientos

Cada vez que pensaba en el trabajo integrador final, lo primero que se me venía a la cabeza era la parte de “agradecimientos”; y es que nada de todo ésto tendría sentido y valor si no fuera por las personas que me rodean.

A mis mapadres y mi hermano, por ser siempre mi mayor red de soporte, seguridad y brindarme siempre todas las oportunidades que estuvieron a su alcance. Por hacerme crecer en libertad, respetar y acompañar mis elecciones.

A mis amigos, los cuales me acompañan y forman parte de cada paso y transformación que voy teniendo en mi vida.

A Barto, mi hijo perruno, quien me vió desde el primer año, en cada etapa y momento facultativo que atravesé, aseguro que todo hubiera sido muy distinto si no hubiera contado con su presencia.

A Ke, mi compañero de vida, fundamental su apoyo, paciencia, amor y empuje en ésta última etapa que tanto tiempo me llevó.

A los docentes que me acompañaron con mucha dedicación y comprensión en la escritura y desarrollo del TIF, Camila, Javier y Agustina.

Y por último, a la universidad pública, el lugar que me transformó completamente en la persona que soy hoy. Gracias por permitirme no solamente estudiar y poder obtener un título, sino de darme la maravillosa experiencia de encontrarme con otros y convertirme en quien soy hoy.

Índice

Resumen	4
Introducción	5
Primer apartado La capacidad de amar	8
Segundo apartado La capacidad de trabajar	12
Tercer apartado Amor y trabajo en contextos de exclusión, malestar y desubjetivación	16
Conclusiones y reflexiones finales	18
Bibliografía	20

Resumen

El trabajo aborda la concepción freudiana de la persona sana, madura e integrada socialmente, destacando la capacidad de amar y trabajar como funciones estructurantes del psiquismo. Se plantea que amar no se limita a la experiencia afectiva inmediata, sino que implica apertura al otro, reconocimiento de la falta y salida del narcisismo primario, integrando los propios deseos con los del otro y permitiendo la canalización de las pulsiones dentro de un marco simbólico. Asimismo, se considera que el trabajo constituye una función que vincula al sujeto con la realidad y con la sociedad, posibilitando la sublimación de impulsos, la creatividad y la construcción de un lugar simbólico en el mundo.

Se analiza cómo estas funciones no pueden comprenderse aisladamente de los contextos sociales. En situaciones de exclusión, precarización laboral y fragmentación de vínculos, la posibilidad de amar y trabajar se ve obstaculizada, generando procesos de desobjetivación y malestar psíquico. Se enfatiza que la salud psíquica depende tanto de la elaboración interna como de condiciones sociales que permitan reconocimiento, pertenencia y dignidad. Se concluye que amar y trabajar constituyen ejes fundamentales para la construcción del yo, la integración social y el desarrollo humano, pero que su pleno ejercicio requiere marcos simbólicos y comunitarios que sostengan estas funciones.

Palabras claves: Amor, trabajo, subjetividad, contexto social.

Introducción

El escrito que voy a realizar parte de la respuesta que brinda Freud durante una entrevista en el verano del año 1939 cuando el entrevistador le pregunta qué era para él una persona sana, madura e integrada a la sociedad; “Amigo mío, cualquier persona capaz de amar y trabajar”; ha quedado grabada como una síntesis provocadora sobre lo que implica una vida psíquicamente saludable. ¿Es realmente posible reducir la noción de salud mental a la capacidad de amar y trabajar? ¿Qué vínculos existen entre estas dos funciones y el estar integrado socialmente? ¿Qué sucede cuando estas capacidades se ven comprometidas o imposibilitadas? A partir de estos interrogantes, este trabajo propone una revisión teórica del concepto de salud mental desde un enfoque psicoanalítico Freudiano, tomando como eje articulador la frase de Freud. Se abordarán, en primer lugar, los significados y dimensiones implicadas en los conceptos de salud e integración social, para luego desarrollar en profundidad los sentidos que **el psicoanálisis** ha otorgado a las nociones de amor y trabajo, entendidos no desde una perspectiva romántica o economicista, sino como experiencias concretas y estructurantes de la subjetividad. ¿Qué sucedería con las personas donde alguna de esas dos capacidades se vieran afectadas? ¿Quedarían excluidos de la sociedad? ¿Se puede estar “sano” sin estar “integrado socialmente”? ¿Y viceversa?

La congruencia de dicha investigación y desarrollo bibliográfico resulta pertinente para el campo del psicoanálisis como otro aporte para poder seguir realizando una revisión al término tan amplio y subjetivo de “persona sana”, con el agregado fundamental de la integración social. Ya bien sabemos por Aristóteles (384-322 A.C) que somos seres sociales por naturaleza, nacemos con esa característica que vamos desarrollando a lo largo de nuestras vidas y necesitamos de otros para poder sobrevivir. Cada hombre posee una dimensión individual, y ésta se integra en una dimensión social colectiva para la convivencia en comunidad desde que nace, resultando en la coexistencia.

Este desarrollo tendrá una posición epistémica basada en la teoría psicoanalítica, tomando la contestación dada por Sigmund Freud buscaré una comprensión más profunda sobre el tema e intentaré dar respuesta a los interrogantes que me surgen cuándo pienso en dicha respuesta. ¿Alcanza con amar y trabajar?
En el método psicoanalítico de Freud (1991) decía:

Del mismo modo que entre la salud y la enfermedad no existe una frontera definida y sólo prácticamente podemos establecerla, el tratamiento no podría proponerse otro fin que la curación del enfermo, el restablecimiento de su capacidad de trabajar y goce. Freud (1991, p. 240-241)

En esta frase vemos cómo hay una ausencia de una frontera definida entre salud y enfermedad, dando lugar a poder pensar este primer término cómo algo que se da en intervalos, es decir, la salud pensada como un estado no continuo. Hay síntomas, por ejemplo, con los cuales convivimos toda nuestra vida, y a pesar de esto, no podríamos decir que esa persona no goza de salud.

El concepto de Salud ha sido definido de muchas maneras en las disciplinas psi. Tomando el concepto de salud de la OMS (2011) que postula en su página de internet, *Cómo un estado de bienestar en el cuál el individuo es consciente de sus propias capacidades, puede afrontar las tensiones normales de la vida, puede trabajar de forma productiva y fructífera y es capaz de hacer una contribución a su comunidad*, esta definición

estaría mostrando también que es imposible abarcar de sólo una forma el concepto de salud y que siempre va a quedar algún aspecto por fuera de la definición.

¿Dónde veo esa imposibilidad? El hecho de que el concepto no es único ni universal, es el producto de una construcción social, cambiante, cultural, que se va modificando continuamente, y que fundamentalmente señala varios aspectos o ámbitos de la vida humana, ¿no es totalmente imposible que todos estos siempre marchen de una “manera correcta”?

Pero bien, como mencioné me centraré en el *terreno psi, mediante un encuadre psicoanalítico*, donde Freud no define la salud por medio de categorías, sino que lo hace a través de distintos conceptos que va desarrollando en su práctica analítica. El concepto de salud presenta problemáticas de diferente índole en cualquier enfoque psi y a los efectos que éste concepto genera en el campo psicoanalítico y de la psiquiatría, podríamos entonces preguntarnos, si una de las maneras que nos podría bastar para terminar de comprenderlo se resumiría a la capacidad de amar y trabajar de los sujetos; pensando estos últimos dos términos no cómo conceptos románticos ni productivistas, sino cómo experiencias concretas que nos atraviesan, que nos nutren, o en su ausencia pueden derrumbarnos.

Para ello, el análisis se apoya en conceptos claves del psicoanálisis freudiano y postfreudiano que permitirán desarrollar esta relación entre salud, amor y trabajo desde una perspectiva dinámica, teniendo en cuenta los procesos internos del sujeto y su modo particular de vivirlos.

Para ello, el análisis se apoya en conceptos claves del psicoanálisis freudiano y postfreudiano que permitirán desarrollar la relación entre salud, amor y trabajo desde una perspectiva dinámica, considerando los procesos internos del sujeto y su modo particular de vivirlos. En este recorrido, propondré explorar el amor y el trabajo como coordenadas fundamentales de la salud psíquica, a través de diversas categorías. El *narcisismo* será abordado como punto de partida estructural del yo, un momento necesario en el proceso de constitución psíquica en el que la libido se invierte sobre sí misma. Freud plantea que este amor originario hacia el propio yo es condición de posibilidad para el desarrollo posterior de la personalidad, pero también un punto de tensión.

El *desarrollo libidinal*, por su parte, remite al recorrido a través del cual la energía pulsional va encontrando distintas formas de satisfacción y de organización a lo largo de las etapas del desarrollo. Pensar en este concepto permite reconocer que las capacidades de amar y trabajar no son innatas, sino que se construyen psíquicamente a partir de experiencias tempranas, fijaciones, desplazamientos y elecciones de objeto que van configurando la economía libidinal de cada persona.

La *sublimación*, entendida como uno de los destinos posibles de la pulsión, se vincula con la posibilidad de transformar la energía pulsional en acciones y producciones socialmente valoradas. En este sentido, el trabajo puede concebirse como una vía privilegiada de sublimación, donde el sujeto canaliza sus impulsos hacia fines creativos, simbólicos o culturales. La capacidad de sublimar no sólo implica la renuncia parcial al placer inmediato, sino también la posibilidad de encontrar satisfacción en la producción, el esfuerzo y la contribución al mundo compartido.

Finalmente, la *integración social y los lazos sociales* serán entendidos como condiciones necesarias para el despliegue pleno del amor y del trabajo. Desde el psicoanálisis, el sujeto se constituye siempre en relación con el Otro. Los vínculos afectivos, pertenecer a una determinada comunidad y la posibilidad de reconocerse en conjunto con otras personas, son elementos que sostienen la experiencia de amar y trabajar.

A través de estas coordenadas teóricas, se buscará complejizar la conocida afirmación de Freud sobre el amor y el trabajo como signos de salud, entendiendo que ambos implican procesos psíquicos profundos y en constante transformación. En definitiva, el propósito será pensar hasta qué punto amar y trabajar constituyen no solo signos de salud, sino también modos singulares de habitar el deseo, de construir sentido y de sostener la vida psíquica en el entramado social.

Primer apartado - La capacidad de amar-

Tomaremos la primera parte de la respuesta dada, la “capacidad de amar”; se podría decir que, la salud de un sujeto podría verse, tomando como uno de los ejes de análisis, en los vínculos que establece no sólo con los otros, dentro de su contexto intersubjetivo, sino también con él mismo. En una de sus cartas a Carl Jung, Freud escribió “El Psicoanálisis es, en esencia, una cura a través del amor” (Freud, 1974, p. 85) entonces, ¿Cómo podríamos pensar la teoría y práctica analítica sin hacer referencia a éste? El amor está presente desde sus comienzos, en sus desarrollos e historiales clínicos.

Este planteo freudiano se vuelve aún más claro si pensamos el lugar que ocupa el amor en la transferencia. Freud mostró que la transferencia no es un mero obstáculo en el análisis, sino que constituye su motor: es a través del amor transferencial que el sujeto repite y reactualiza sus elecciones de objeto, permitiendo que emerjan los deseos inconscientes. El analista, situado en el lugar de objeto, recibe esta investidura amorosa que, lejos de ser personal, pone en juego la historia libidinal del paciente. En este sentido, la cura “a través del amor” no se refiere a un amor real entre analista y paciente, sino al dispositivo transferencial que posibilita el trabajo analítico y abre la vía hacia la transformación psíquica.

La pregunta por el amor ha convocado desde siempre a los seres humanos; el amor aparece en la cultura, como aquello que de cierta manera da un sentido particular a la vida, cómo una promesa con la que algunos sujetos esperan encontrarse en algún momento vital. Pero bien sabemos que muchas veces el amor opera desde el inconsciente implicando un cierto padecimiento humano, y no sólo en la dificultad de un encuentro con un Otro, sino también con la falta; una carga libidinal depositada en un objeto, a partir de la sensación de un sujeto de que algo le falta y el objeto puede ilusoriamente venir a complementarlo.

En el pensamiento freudiano, el amor se articula en torno a la noción de que el yo del sujeto es investido como objeto de amor mediante la idealización del propio yo, en estrecha relación con el narcisismo particular de cada individuo. En “Introducción del Narcisismo” (1966) señala Freud:

Aquí, cómo siempre ocurre en el ámbito de la libido, el hombre se ha mostrado incapaz de renunciar a la satisfacción de que gozó una vez. No quiere privarse de la perfección Narcisista de su infancia, y si no pudo mantenerla por estorbárselo las admoniciones que recibió en la época de su desarrollo y por el despertar de su juicio propio, procura recobrarla en la nueva forma del ideal del yo. Lo que él proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal. (Freud, 1966, p. 91).

En éste texto se habla de abandonar la posición narcisista, perderla, pero ¿por qué? Cómo menciona en el texto anteriormente citado, hay una separación originaria entre pulsiones sexuales y yoicas - un movimiento libidinal - ésta división conceptual responde a la distinción popular por ejemplo entre hambre y amor, de ésta forma no haría otra cosa que reflejar una función doble en el individuo. Se pondría entonces en el otro los atributos que corresponden al yo ideal del sujeto y se lo amaría, entonces, justamente por eso.

De este modo, Freud plantea la tensión entre el amor a sí mismo y la necesidad de invertir en el otro, interrogando las causas que fuerzan al yo a abandonar su clausura narcisista.

¿En razón de qué se ve compelida la vida anímica a traspasar los límites del narcisismo y poner la libido sobre los objetos? La respuesta que dimana de nuestra ilusión de pensamiento diría, de nuevo, que esa necesidad sobreviene cuando la investidura del yo con libido ha sobrepasado cierta medida. Un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo, y por fuerza enfermará si, a consecuencia de una frustración no puede amar. (Freud, 1996, p. 82).

Entonces, si a condición de no enfermar, uno tiene que amar, este último se ligaría directamente a la salud. El que ama, podríamos decir entonces, que sacrifica un fragmento de su narcisismo y trueque de ser-amado ¿Habría que agregar entonces algún componente más? Es decir, ¿Alcanza sólo con amar, o se necesita también ser amado?

Nunca un sujeto estaría más en riesgo que cuando ama, ya que allí se queda a voluntad del otro, al deseo del otro, lo que generaría una angustia ante la posibilidad de perderlo en algún momento y también de perderse a uno mismo. Y cuando hablamos de amar, nos referimos solamente a un amor sexo-afectivo o sirve también en la misma medida un amor hacia una madre, un hermano, una amiga. La salud mental no puede ser comprendida sin considerar el contexto en el que una persona vive, es decir, no basta sólo con mirar hacia adentro, sino que es fundamental mirar a nuestro alrededor.

Desde la metapsicología freudiana, la capacidad de amar puede pensarse como manifestación de una economía pulsional relativamente equilibrada. Las pulsiones —como fuerzas internas que tienden a la descarga— buscan satisfacción a través de objetos y representaciones. Freud distinguirá, a lo largo de su obra, dos grandes grupos de pulsiones: Eros, o pulsión de vida, que tiende a la unión, al vínculo y a la conservación de la vida; y Tánatos, o pulsión de muerte, orientada a la destrucción, la descomposición y la repetición compulsiva hacia el cero absoluto de tensión. Amar, entonces, puede ser comprendido como una forma de expresión de Eros, en tanto implica la búsqueda de unión con el otro, la construcción de lazos, y la posibilidad de investir libidinalmente objetos externos.

En 1996, en el texto “Más allá del principio del placer”, explica cómo el Eros cumple entonces un papel central en la vida de cualquier sujeto, y ésta pulsión hace referencia a las formas de vínculos sociales que se establezcan teniendo como fin hacer perdurar el vínculo con el objeto de su afecto, ya sea una amistad, pareja, o cualquier manifestación de amor.

En 1996 en “Psicología de las Masas y análisis del yo”, Freud explica que en el estado de enamoramiento, el enamorado, cree de manera casi ciega y se somete al otro, porque se fascina con él y esto lo lleva incluso a borrarse como sujeto y sacrificar su propio deseo;

En el marco de éste enamoramiento, nos ha llamado la atención desde el comienzo el fenómeno de la sobreexcitación sexual: el hecho de que el objeto amado goza de cierta extensión de la crítica, sus cualidades son mucho más estimadas que en las personas a quienes no se ama o que en ese mismo objeto en la época que no era amado (p. 106)

El amor hacia el otro aparece entonces cómo una ilusión, cómo una herramienta para sustituir un ideal del yo propio. Se asoma la idealización del objeto amado sacrificando hasta el propio deseo frente a ésta posibilidad de amar.

El proceso de sublimación de cada uno hace referencia a otra meta pulsional - desviándose de la meta sexual - y la idealización generando una sobreestimación sexual del

objeto - idealizado - entonces el primer proceso describe lo que sucede con la pulsión y el segundo lo que pasa con el objeto.

El enamoramiento consiste en un desborde de la libido y oica sobre el objeto "Se ama lo que se posee el mérito del yo para alcanzar el ideal"; entonces hablamos de una curación por amor, se derrocha libido en los objetos, cómo camino de regreso al narcisismo, eligiendo un ideal sexual que parece inalcanzable.

Con respecto al deseo - qué podemos vincularlo en algunos casos con el amor - que es inconsciente, el cuál se manifiesta de forma velada, disfrazada y a su vez es persistente; si el sujeto no sabe ciertamente qué es lo que desea, de manera engañosa termina persiguiendo lo que cree desear y ésto nos dice Freud en "Tres ensayos para una teoría sexual" (1996) que se relaciona directamente con las primeras experiencias de satisfacción infantiles que dejaron huellas psíquicas y que tratan de complacerse una y otra vez. Por eso afirma que el hallazgo o encuentro de objeto, es propiamente un reencuentro.

Si tomáramos por ejemplo a Schreber, la introversión de la libido sexual no es en una fantasía sino que lo lleva a una investidura del yo y posiblemente por ésta vía se produce aquel efecto de pérdida de realidad; donde hay un desarrollo libidinal que experimentó cierta perturbación y su posterior objeto de amor no se elige por el modelo de la madre - primer objeto de amor - sino según el de su propia persona, es decir, se busca a sí mismo cómo objeto de amor, un eterno de amor narcisista. Schereber encontraba el mundo destruido, donde ya no había personas vivas, todo había caído; Freud (1996) explicaba que no se trataba de una caída del mundo como tal, sino de un retiro radical de la libido del mundo y de las personas, retiro que implica el derrumbamiento del mundo interior, su mundo subjetivo ya no existía.

Si siguiendo con ésta línea, podemos mencionar también ciertas alteraciones que ocurren dentro del funcionamiento narcisista; la psicosis, la manía, melancolía - que son para Sigmund enfermedades narcisistas - caracterizadas o por una inflación desmesurada del narcisismo o por una depresión irreductible, por ello las llama psiconeurosis narcisistas.

¿Veríamos entonces en éstos ejemplos y en Schreber una imposibilidad de amor y en efecto una falta de salud? La imposibilidad de amar a alguien que no sea a sí mismo, buscar la satisfacción en uno mismo, termina siendo algo nocivo, que de llevarse a cabo de una manera prolongada conduce a cerrarse frente al mundo a modo de protección y autoconservación.

Freud, en sus desarrollos sobre el complejo de Edipo, también señala que la capacidad de amar está ligada a los destinos de la libido infantil y a cómo se resuelven las primeras elecciones de objeto. El niño, en su primera relación amorosa con los progenitores, debe atravesar la experiencia de pérdida y renuncia. Esa aceptación de la castración y la consecuente identificación con figuras parentales marcan una condición fundamental para poder, más tarde, establecer relaciones amorosas fuera del círculo familiar. Así, el pasaje edípico permite al sujeto orientarse hacia nuevos objetos, reconociendo en el amor una experiencia que no busca recuperar la completud perdida, sino que abre la posibilidad de un lazo con la diferencia.

En este punto, se vuelve fundamental distinguir entre enamoramiento y capacidad de amar. Mientras que el enamoramiento suele implicar una sobreestimación del objeto y una renuncia al yo, la capacidad de amar se vincula con un trabajo psíquico más estable, que integra tanto la pulsión sexual como los lazos de ternura. Freud (1996) sostiene que la unión de estos dos componentes resulta decisiva para la consolidación de los vínculos de pareja y, más en general, para la posibilidad de sostener lazos humanos significativos.

Por otra parte, Freud advierte que el amor no se encuentra nunca libre de ambivalencia. La elección de objeto, por más investida de ternura que esté, siempre conlleva también componentes hostiles “Pulsiones y destinos de pulsión” (1996). Amar a un otro significa, al mismo tiempo, confrontarse con la posibilidad de perderlo, con la dependencia y con el riesgo de la frustración. Esta ambivalencia, lejos de ser un obstáculo, constituye parte inherente de la experiencia amorosa y explica por qué los vínculos afectivos son una fuente tanto de satisfacción como de sufrimiento. La salud psíquica, en este punto, se mediría por la capacidad de un sujeto de tolerar esa tensión, sin negar ni replegarse en un narcisismo cerrado.

Finalmente, volviendo a la famosa frase de Freud: “Uno tiene que comenzar a amar para no caer enfermo”, podemos decir que las vicisitudes del amor generan sufrimiento: el amar, el no ser correspondido, el no saber cómo va a actuar el otro, la decepción amorosa, esa ilusión de ser uno con un otro. Freud, en “Duelo y melancolía”, sostiene: “Jamás nos hallamos tan a merced del sufrimiento como cuando amamos, jamás somos tan desesperadamente infelices como cuando hemos perdido el objeto amado” (Freud, 1996, p. 242).

A lo largo de este recorrido teórico hemos podido ver que la capacidad de amar no es una función natural ni garantizada, sino el resultado de un proceso psíquico complejo que implica el pasaje desde el narcisismo primario hacia la posibilidad de investir objetos externos. Amar supone, en este sentido, una cierta renuncia al amor propio absoluto, la aceptación de la dependencia hacia los objetos y la capacidad de mantener el vínculo a pesar de la pérdida o la insatisfacción. Amar exige una apertura hacia el *Otro* que nos enfrenta a lo más vulnerable de nuestra existencia, y por ello puede ser fuente tanto de goce como de sufrimiento. Sin embargo, desde el psicoanálisis, amar —aún con sus riesgos— se configura como una posibilidad de salud: no porque el amor promete felicidad o armonía, sino porque implica una salida de la clausura narcisista, una apuesta por el lazo y por la alteridad. Volviendo entonces a la frase de Freud, la salud mental no se reduciría simplemente a “amar”, sino a ser capaz de amar, lo cual implica haber tramitado ciertos procesos estructurantes del psiquismo y poder construir vínculos en los que no se niegue la diferencia ni se sacrifique por completo el deseo. Por tanto, la capacidad de amar puede pensarse como una de las manifestaciones más sensibles del equilibrio entre pulsión, deseo y lazo social, y en ese sentido, como un indicador de una subjetividad en movimiento, viva, y en constante diálogo con el Otro.

Segundo apartado: - La capacidad de trabajar -

Luego de analizar el amor como una función subjetiva central en la constitución del lazo social, es posible preguntarse por otra dimensión que Freud ubica al mismo nivel: el trabajo. Si el amor implica la posibilidad de apertura al otro y de sostener vínculos afectivos significativos, el trabajo, por su parte, remite al modo en que el sujeto se inserta en la realidad, transforma el mundo y se transforma a sí mismo en ese proceso. Ambas funciones comparten un rasgo esencial: son *operaciones simbólicas* que vinculan al sujeto en el lazo social y le otorgan un lugar en el entramado colectivo. Por eso, abordar el trabajo no significa simplemente hablar de empleo, sino explorar cómo esa función opera psíquicamente y qué sucede cuando se ve interferida o imposibilitada.

El trabajo es un fenómeno central en la vida de todos los seres humanos. Dedicamos una cantidad significativa de tiempo a él y se convierte en la fuente de bienes y servicios que satisfacen nuestras necesidades, sin embargo, me surgen preguntas importantes en torno a la temática ¿Qué es el trabajo? ¿Por qué y para qué trabajamos? ¿Podríamos no trabajar? ¿Podría existir una pulsión laboral o es solamente un fenómeno social? Resulta a veces muy común caer en la frase “el trabajo dignifica”, es decir, nos hace sentir útiles, necesarios, pertenecer activamente a un grupo social, aporta autonomía personal. Dignifica, cuando permite el desarrollo integral de las personas. ¿Qué pasa entonces con aquellas personas que a pesar de trabajar, no logran satisfacer sus necesidades básicas? ¿Qué sucede con esos trabajos dónde las condiciones no son dignas? o incluso aquellas actividades laborales, que realmente no contribuyen al bienestar y felicidad de las personas.

La pulsión, es una de las nociones centrales en la teoría y clínica psicoanalítica, su primer definición más clásica perteneciente a “Pulsiones y destinos de pulsión” (1996) postula que aparece cómo un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, cómo un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo, cómo una “exigencia de trabajo” que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal. En dicha obra, habla de los cuatro elementos que tienen las pulsiones; la fuente, el objeto, la meta y el esfuerzo. Considera que la esencia de la pulsión se encuentra en el último elemento, es decir, el esfuerzo a partir del cuál se la puede definir cómo la medida de la exigencia de trabajo que lo corporal impone a lo psíquico. Y así podemos detectar también la insistencia por parte de Freud a lo largo de sus trabajos metapsicológicos de la presencia del mismo concepto - trabajo -; pulsión cómo exigencia de trabajo, el trabajo del sueño, el trabajo del inconsciente, trabajo de desplazamiento y condensación, trabajo de duelo.

Se trataría, entonces, de poder comprender y profundizar en que el trabajo, en sí, no se entiende únicamente como un gasto de energía o fuerza, ni como una categoría exclusiva de la economía. Más bien, se inscribe en todo aquello que podemos llamar relación social, relaciones que son fundamentales para el desarrollo personal y comunitario.

El trabajo cómo un organizador del psiquismo, en tanto liga al sujeto con la realidad y con los demás, a través de este se satisface el deseo, como deseo del Otro, es decir, el deseo de ocupar *un lugar en el deseo del Otro*, refiriéndonos a cómo nuestras aspiraciones y motivaciones están influenciadas por las expectativas y necesidades de los demás, ya sea por compañeros de trabajo, jefes, clientes, siempre de algún modo y otro buscamos un reconocimiento, una validación.

Trabajo no como un fin en sí mismo, sino como un medio para alcanzar un lugar de potenciamiento y desarrollo del yo enfocado en la relación con el mundo exterior, haciendo

frente al ello para aplacar las pulsiones que emanen de él y haciendo que el superyó no llegue a asfixiarlo por su carácter restrictivo.

Estar con los demás, con un otro, es todo un trabajo, pensándolo en términos vinculares; hay un esfuerzo, un desgaste de energía que no se refiere meramente a un gasto implicado a la producción de bienes y servicios sino también en esos vínculos que se van estableciendo que requieren a sí mismo de, trabajo.. Los hombres y mujeres cuando trabajan establecen con los demás diversos tipos de lazos, ya que es una actividad que hacemos con otros y en muchas ocasiones para otros. Aún trabajando solos, eso que hacemos está pensado para otros, para el reconocimiento de los demás.

En una nota al pie de página del capítulo dos del “Malestar en la Cultura” (1996), Freud hace la siguiente referencia:

Ninguna otra técnica de conducción de la vida liga al individuo tan firmemente a la realidad como la insistencia en el trabajo, que al menos lo inserta en forma segura en un fragmento de la realidad, a saber, la comunidad humana. La posibilidad de desplazar sobre el trabajo profesional y sobre los vínculos humanos que con él se enlazan una considerable medida de componentes libidinosos, narcisistas, agresivos y hasta eróticos le confiere un valor que no le va en zaga a su carácter indispensable para afianzar y justificar la vida en sociedad. La actividad profesional brinda una satisfacción particular cuando ha sido elegida libremente, o sea, cuando permite volver utilizables mediante sublimación inclinaciones existentes, mociones pulsionales proseguidas o reforzadas constitucionalmente. No obstante, el trabajo es poco apreciado, como vía hacia la felicidad, por los seres humanos. Uno no se esfuerza hacia él como hacia otras posibilidades de satisfacción. La gran mayoría de los seres humanos sólo trabajan forzados a ello y de esta natural aversión de los hombres al trabajo derivan los más difíciles problemas sociales. (Freud, 1996, p.80)

Podríamos encontrar entonces desde esta perspectiva una relación entre compulsión externa a trabajar meramente por condición de formar parte de la comunidad humana, es decir, que existe un forzamiento externo que lleva a hombres y mujeres a trabajar. De esta forma, el individuo tiene que abandonar su narcisismo original para poder, a través del trabajo, ligarse con los demás y con la realidad, para pertenecer a una comunidad social determinada; nuevamente aquí aparece, la importancia del abandono de ese narcisismo primero.

Una de las primeras preguntas que me surgieron al pensar el tema de este desarrollo fue ¿por qué incluso sin necesidad de trabajar, las personas eligen hacerlo? Si Freud vincula el trabajo con salud, a una persona integrada socialmente, existiría entonces un vínculo entre no trabajar-enfermar. La imposibilidad de trabajar, generaría entonces un aumento de esa energía pulsional dentro del propio aparato psíquico al no poder desplazarla hacia el objeto. Dicho aumento, ¿generaría un agotamiento del yo, logrando entonces un agotamiento del mismo y que caiga enfermo? Y sin dejar de lado, que como vengo anteriormente desarrollando, el trabajo nos liga directamente con las personas, y a su vez con la realidad, y eso también se vería interrumpido en el caso de no llevar adelante la actividad, pudiéndose generar un daño emocional enlazado a la pérdida de esos vínculos sociales y al reconocimiento que encontramos en los mismos. Con ésto no quiero decir que quienes se encuentren en por ejemplo situación de desempleo quiebren por completo su vínculo con la realidad, pero sí que posiblemente pueda existir una *gran* pérdida de identidad -la cuál se va construyendo a lo largo de la vida en presencia y con el reconocimiento de los demás-.

Manteniéndonos en la perspectiva psicoanalítica, el deseo y el trabajo están profundamente relacionados, ya que el trabajo no solo responde a necesidades económicas o sociales, sino también a la expresión y regulación de los deseos inconscientes. En "La interpretación de los sueños" (1900) Freud menciona "Los deseos instintivos que no pueden ser satisfechos de forma directa son, en cambio, canalizados hacia otros objetivos", podríamos pensar entonces en la forma en que el trabajo permite o impide la sublimación de los impulsos, y cómo se mezcla con el goce y el mandato superyoico, además de cómo se posiciona el sujeto frente a su deseo en el contexto laboral.

¿Puede el trabajo volverse superyoico? Es decir, que la motivación por realizarlo esté dominada por las exigencias internas del superyó - la instancia psíquica que representa las normas, prohibiciones, la conciencia moral que actúa como juez interno, guiando la búsqueda de la perfección y el cumplimiento de las normas culturales y sociales.

El trabajo, en determinadas circunstancias, puede adquirir un carácter superyoico, dejando de ser una actividad libre y placentera para convertirse en una exigencia interna marcada por el deber y la culpa. En estos casos, el sujeto ya no trabaja desde el deseo o la creatividad, sino desde un imperativo de rendimiento constante, donde nada parece ser suficiente y siempre queda la sensación de que se podría haber hecho más o mejor. Esta búsqueda de perfección responde a las exigencias del superyó, que impone ideales inalcanzables y genera un malestar persistente. Desde una lectura freudiana, un trabajo saludable debería permitir la sublimación de las pulsiones, posibilitando que la energía libidinal se transforme en producción, creación y lazo con la realidad. En ese equilibrio entre el principio de placer y el principio de realidad radica la posibilidad de que el trabajo no sea vivido como mandato o castigo, sino como un espacio donde el sujeto pueda desplegar su deseo y construir sentido.

La sublimación, para Freud, es uno de los mecanismos de defensa mediante el cual los impulsos y deseos instintivos - particularmente los sexuales y agresivos- se canalizan hacia actividades socialmente aceptadas y valoradas, como el arte, la ciencia, el trabajo, o el logro intelectual. En "El malestar en la cultura" (1909), analiza cómo la civilización se construye sobre la represión y redirección de los impulsos instintivos hacia actividades que aportan valor a la sociedad. Aquí menciona cómo el trabajo y la creatividad permiten canalizar los impulsos instintivos hacia fines que la sociedad valora.

En este punto resulta interesante señalar que el trabajo también es, en psicoanálisis, metáfora de la labor psíquica. Freud habla del *trabajo del sueño*, del *trabajo del duelo*, del *trabajo del síntoma*. Incluso el proceso analítico mismo se entiende como un trabajo: el *trabajo de elaboración*. Desde esta perspectiva, así como el amor encuentra su lugar en la transferencia, el trabajo encuentra su correlato en la exigencia de elaborar, de tramitar, de ligar lo inconsciente con lo consciente. Vemos entonces cómo se utiliza reiteradamente el término *trabajo* para nombrar las operaciones fundamentales del aparato psíquico. Habla del *trabajo del sueño*, del *trabajo del duelo*, del *trabajo del síntoma* o del *trabajo del inconsciente*, señalando que el psiquismo no es un sistema pasivo, sino una estructura que transforma y tramita constantemente las excitaciones que lo atraviesan. En todos estos casos, el trabajo implica una elaboración, es decir, una forma de ligar lo pulsional, de traducir lo inconsciente en representaciones, de transformar la energía. De este modo, trabajar no se reduce a producir, sino a procesar, a hacer pasar algo del registro de la pulsión al registro del pensamiento y del lazo social. El sujeto que trabaja tanto en su mundo interno como en el externo, ¿sería aquel que puede transformar ese empuje pulsional en algún acto, palabra o creación?

Pensar el trabajo en este sentido permite reconocer que toda operación psíquica supone una cuota de esfuerzo, de gasto energético, pero también de elaboración simbólica. Así como el *trabajo del sueño* condensa y desplaza deseos reprimidos para permitir el descanso, o el *trabajo de duelo* tramita la pérdida para hacer posible un nuevo lazo, el *trabajo en la vida cotidiana* puede verse como una forma de canalizar y organizar las tensiones internas dentro del mundo que compartimos con los demás. En este sentido, poder trabajar, significa transformar ese exceso de energía, dar sentido a lo que está desordenado, y mantener un equilibrio entre lo que uno desea y lo que la realidad permite, sin quedarse atrapado ni en la descarga impulsiva ni en la parálisis total.

Si lo pensamos en la actualidad, las condiciones laborales modernas como el desempleo, la precarización o el burnout, muestran de manera evidente cómo el trabajo incide en la salud psíquica. La pérdida de empleo no solo genera dificultades materiales, sino también un sentimiento de desvalorización y pérdida de identidad. A la vez, el exceso de trabajo, cuando se vuelve un mandato superyoico, puede llevar al agotamiento extremo y al quiebre subjetivo. En ambos casos, lo que está en juego no es solo la economía, sino la estructura libidinal que sostiene al sujeto en el lazo social.

En resumen, Freud veía al trabajo como un proceso necesario para su propia realización, el desarrollo del yo y la adaptación social; según él trabajar implica un esfuerzo de adaptación, ya que debemos renunciar a ciertos deseos inmediatos para satisfacer las demandas de la realidad social y económica. Este proceso de represión, aunque puede ser visto como una carga, es esencial para vivir en sociedad y es una forma de canalizar impulsos en formas aceptables y productivas.

En definitiva, trabajar no es sólo una actividad funcional ni una exigencia social, sino una operación profundamente subjetiva que permite al individuo inscribirse en el lazo social, tramitar su deseo, sublimar sus pulsiones y construir un lugar simbólico en el mundo. El trabajo, en tanto mediador entre el principio de realidad y el principio de placer, puede leerse como una de las formas más elaboradas de vínculo con el Otro y con la cultura. Retomando entonces la frase de Freud, ser capaz de trabajar implica, desde el psicoanálisis, haber renunciado a la omnipotencia narcisista, poder tolerar la castración y encontrar modos creativos de habitar el mundo. Así como vimos que amar exige reconocer la falta, trabajar supone aceptar los límites de la realidad, poner en juego la pulsión en un marco simbólico y, en ese gesto, sostener una cierta salud psíquica. La imposibilidad de trabajar, como síntoma, como padecimiento o como exclusión social, impacta directamente en la identidad, el deseo y el lazo social, volviéndose una herida subjetiva profunda. Entonces, ¿será suficiente amar y trabajar para sentirse sano e integrado? Probablemente no alcance por completo, pero desde la perspectiva psicoanalítica sigue siendo un eje importante para pensar una vida que no quede atrapada en el sufrimiento extremo ni en la soledad del narcisismo.

Tercer apartado: - Amor y trabajo en contextos de exclusión, malestar y desubjetivación -

El bienestar emocional no solo consiste en satisfacer necesidades o deseos inmediatos, sino en estar en paz con lo que somos, con lo que hacemos y con quienes compartimos nuestras vidas. Amor y trabajo, como venimos viendo, no son meras actividades funcionales, son funciones estructurantes que permiten la inserción del sujeto en el lazo social y permiten la construcción de una identidad. Sin embargo, en contextos de exclusión, precarización y desamparo social, estas funciones se ven seriamente obstaculizadas, generando efectos profundos sobre la subjetividad y dando lugar a procesos de desubjetivación (Castoriadis, 1997; Butler, 2004).

La imposibilidad de amar o de trabajar producen un empobrecimiento del campo de la experiencia subjetiva. Butler (2004) plantea que la vulnerabilidad es constitutiva del sujeto, pero se vuelve patológica cuando no existen redes simbólicas y sociales que sostengan esa exposición. ¿Qué sucede entonces con la subjetividad cuando el reconocimiento social se quiebra o incluso desaparece por completo? ¿Cómo se inscribe el deseo de una persona cuando amar o trabajar deja de ser posible en condiciones dignas?

La desubjetivación puede entenderse, entonces, como consecuencia de la ruptura de esos marcos de reconocimiento, cuando el sujeto ya no encuentra un lugar desde donde ser visto o deseado; es decir que estos fenómenos no pueden pensarse aislados de los determinantes históricos y sociales. La precarización laboral, el desempleo y la fragmentación de los vínculos amorosos, de amistades, familiares, sociales configuran un escenario donde el malestar psíquico se intensificaría.

Bauman (2005) describe cómo la modernidad líquida disuelve los vínculos sólidos que otorgaban continuidad y sentido a la vida, generando sujetos flotantes, fragmentados y profundamente ansiosos. La inseguridad económica, la competitividad extrema y la erosión de las redes sociales no solo afectan la supervivencia material, sino que impactan directamente en la capacidad de amar y trabajar, y por ende en la constitución del yo.

En este contexto, el amor y las relaciones afectivas se ven moldeados por lógicas de consumo y elección individual, como sostiene Illouz (2012), quien intenta mostrar cómo la intimidad y las emociones se transforman en bienes negociables en el mercado cultural, creando una tensión entre deseo y realidad social. ¿De qué manera estas transformaciones culturales influyen en la posibilidad de construir vínculos estables y reconocedores? En este sentido, la imposibilidad de trabajar no afecta sólo la esfera económica de las personas, sino que interrumpe la canalización de los impulsos pulsionales hacia fines socialmente valorados, bloqueando la sublimación y debilitando la integración social.

De igual manera que la imposibilidad de establecer vínculos amorosos o afectivos consolidados restringe la experiencia de reconocimiento y el sentido de pertenencia, elementos fundamentales para sostener la salud psíquica. La desubjetivación, entonces, puede entenderse como la pérdida de la capacidad de inscribirse en la trama social y simbólica, un proceso en el que el sujeto se encuentra privado de los lazos que otorgan sentido y de los espacios donde su deseo puede ser reconocido y elaborado.

Como señala Castoriadis (1997), la construcción de la subjetividad depende de la participación en instituciones sociales y culturales que permiten a los individuos significarse a sí mismos y ser significados por los demás. Sin esos espacios, el yo queda suspendido, vulnerable y fragmentado.

Illouz (2012) destaca que, aunque la cultura del consumo de la intimidad genera ciertas tensiones, también existen posibilidades de resignificación y de construcción de vínculos auténticos, incluso en contextos de precarización.

En síntesis, amor y trabajo son funciones estructurantes cuya afectación impacta profundamente en la identidad y la subjetividad. Analizar sus imposibilidades desde una perspectiva psicoanalítica, crítica y social permite comprender cómo el malestar contemporáneo se vincula no sólo a factores individuales, sino también a transformaciones estructurales del lazo social. La exclusión, la precarización y la fragmentación de los vínculos actúan como fuerzas desubjetivantes, limitando el acceso a la dignidad, al reconocimiento y a la posibilidad de desarrollo personal.

A partir de esto surgen nuevos interrogantes; ¿Amar y trabajar es suficiente para sostener la salud psíquica si las condiciones sociales no lo permiten? ¿O necesitaríamos también la garantía de marcos simbólicos y comunitarios que sostengan estas funciones? Amar y trabajar serían las columnas que sostendrían a esa persona madura y “sana” siempre y cuando haya espacios que posibiliten su ejercicio.

Conclusión y reflexiones finales

En este trabajo integrador final se abordó la respuesta que brinda Freud cuando le preguntan qué era para él una persona sana, madura e integrada socialmente. A partir de un recorrido desde una mirada psicoanalítica se tomó a la capacidad de amar y trabajar cómo los ejes centrales, sin dejar de considerar el contexto cómo fundamental para que ambas puedan desplegarse y desarrollarse.

Se comenzó el escrito haciendo un recorrido en primera instancia sobre la capacidad de amar y cómo ésta no se limita a un sentimiento o a una experiencia afectiva inmediata, sino que constituye una función estructurante del psiquismo que permite al sujeto abrirse al otro, establecer vínculos significativos y sostener la vida en sociedad. Amar implica reconocer la falta, tolerar la castración y, fundamentalmente, salir del narcisismo primario, es decir, renunciar a la ilusión de omnipotencia y aceptar que el deseo del otro no se subordina al propio. Esta apertura al otro posibilita integrar los propios deseos con los del otro, canalizando pulsiones y otorgando un marco simbólico donde el deseo puede expresarse y ser reconocido. En este sentido, la capacidad de amar es inseparable de la salud psíquica, ya que posibilita tanto la vinculación con los demás como la construcción de la propia identidad.

En un segundo momento, se desarrolla cómo el trabajo desde una perspectiva psicoanalítica, no se reduce a la producción de bienes o a la satisfacción de necesidades económicas; constituye una función estructurante que vincula al sujeto con la realidad y con los demás, permitiéndole canalizar sus pulsiones, sublimar deseos y construir un lugar simbólico en el mundo. Trabajar implica un esfuerzo psíquico: requiere renunciar a la omnipotencia narcisista, enfrentar las exigencias del ello y del superyó, y sostener la tensión entre el principio de realidad y el principio de placer. En este sentido, el trabajo saludable se distingue por permitir la sublimación de impulsos, la creatividad y la integración social, mientras que la imposibilidad de trabajar o el sometimiento a trabajos deshumanizantes pueden generar frustración, pérdida de identidad y daño psíquico.

Reflexionar sobre el trabajo desde esta perspectiva nos permite comprender que amar y trabajar no son solo funciones sociales, sino operaciones psíquicas esenciales para sostener la subjetividad. Así como el amor exige abrirse al otro y tolerar la falta, el trabajo exige aceptar los límites de la realidad, transformar la energía pulsional en acción significativa y encontrar un lugar en la comunidad. La capacidad de trabajar, entonces, es también un indicador de salud psíquica.

Finalmente, en el tercer apartado, se analiza cómo el amor y el trabajo en contextos de exclusión y precarización muestra cómo estas funciones estructurantes no pueden comprenderse aisladas de las condiciones sociales y culturales que las sustentan. Cuando se interrumpen o se dificultan, la subjetividad se ve profundamente afectada. La precarización laboral, la desestabilidad económica y la erosión de las redes sociales no solo afectan la supervivencia material, sino que condicionan la posibilidad de amar y trabajar, y con ello la salud psíquica del sujeto.

En síntesis, amar y trabajar constituyen ejes fundamentales para la construcción del yo, la integración social y la posibilidad de una vida psíquica equilibrada. Su ejercicio pleno requiere, por un lado, esfuerzo y elaboración interna, y por otro, condiciones sociales que permitan reconocimiento, pertenencia y dignidad. Desde una mirada psicoanalítica, comprender la interrelación entre estas funciones y los contextos que las limitan nos invita a pensar no solo en el bienestar individual, sino en la responsabilidad colectiva de construir sociedades que posibiliten el florecimiento de la subjetividad, donde amar y trabajar puedan ser verdaderamente medios de desarrollo humano y no meras exigencias externas.

Ya bien en la pregunta inicial se planteaba de la siguiente manera: ¿qué era para él una persona sana, madura e integrada a la sociedad?; “Amigo mío, cualquier persona capaz de amar y trabajar”, la respuesta encierra una visión concreta y sintética de lo que podría ser el desarrollo humano desde el psicoanálisis y una mirada de concebir la maduración e integración social cómo inseparables en la relación con el mundo y los demás, es decir que una persona sana no se define únicamente por su mundo interior, sino también por su capacidad de vincularse y contribuir a la realidad.

Ser capaz de amar y trabajar implicaría la posibilidad real de ejercer estas funciones en la vida cotidiana de cada sujeto dentro de un contexto que acompañe, por ende, quedarían nuevos interrogantes abiertos, éste recorrido nos invita a pensar la salud psíquica como un fenómeno individual y social a la vez, y a considerar la construcción de sociedades que no solo demandan que las personas amen y trabajen, sino que proporcionen los espacios y recursos necesarios para que puedan hacerlo de manera auténtica, digna y significativa.

Referencias Bibliográficas

- Bauman, Z. (2005). *Vida líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Butler, J. (2004). *Vulnerabilidad y vida precaria*. Paidós.
- Castoriadis, C. (1997). *La institución imaginaria de la sociedad*. Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S. (1900). “La interpretación de los sueños”. En *Obras completas (Vol. IV)*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1903). “El método psicoanalítico de Freud”. En *Obras completas (Vol. II)*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1905a). “Tres ensayos de teoría sexual”. En *Obras completas (Vol. VII, 2.^a ed.)*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1905b). “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia”. En *Obras completas (Vol. XII)*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1912). “La dinámica de la transferencia”. En *Obras completas (Vol. XVII)*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1914). “Introducción al narcisismo”. En *Obras completas (Vol. XIV)*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1915). “Pulsiones y destinos de pulsión”. En *Obras completas (Vol. XIV)*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1917). “Duelo y melancolía”. En *Obras completas (Vol. XIV)*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1920). “Más allá del principio del placer”. En *Obras completas (Vol. XVIII)*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1921). “Psicología de las masas y análisis del yo”. En *Obras completas (Vol. XVIII)*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1923). “El yo y el ello”. En *Obras completas (Vol. XIX)*. Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1930). “El malestar en la cultura”. En *Obras completas (Vol. XXI)*. Amorrortu Editores.
- Illouz, E. (2012). *Por qué duele el amor: Una explicación sociológica*. Polity Press.
- Lacan, J. (1994). *El seminario, libro 4: La relación de objeto*. Paidós. (original de 1956–1957)